

El tú, el yo -y otros desdoblamientos- en EL OLOR DE TU NOMBRE de Marga Clark

He leído y releído ese espléndido poemario que es *El olor de tu nombre*, intentando responderme a la pregunta de quién lo escribe. Es decir, de quién es esa “cuarta voz del verbo”, la voz poemática que habla en los poemas –una pregunta que quizás tenga algo que ver con la de quién lo ha escrito, interrogación ésta para la que es evidente que existe una respuesta perfectamente clara: su autora es una conocida y reconocida artista madrileña, de una estirpe de conocidos y reconocidos artistas, que abarca y funde en su creación palabra e imagen -fotografía y poesía-, y que responde al nombre y apellido de Marga Clark.

Insisto en que mi primera pregunta es menos retórica de lo que puede parecer si consideramos, además, que en la tradición jurídica española Marga Clark no se apellidaría Clark, sino Gil, exactamente como su tía, Marga Gil Roësset, la extraordinaria y malograda escultora suicidada a los 24 años en 1932 y a la que Marga Clark, entre otros textos, dedicó en 2002 *Amarga luz*, una novela biográfica o tal vez una biografía anovelada, y le entrega ahora la voz poemática de *El olor de tu nombre*. Pero es que incluso un libro de poemas y fotografías como *Auras*, de 2001, constituye, creo, todo un ejercicio literario de anticipación de *El olor de tu nombre*, por un lado, mientras que por otro, al contemplar sus fantasmagóricas imágenes, no podemos sino recordar las palabras con las que la comisaria de la oportunísima exposición reivindicativa de Marga Gil Roësset, describe su primera impresión ante sus esculturas: “Vistas desde la calle –escribió– parecen enteramente fantasmas”.

Todo ello, lo reconozco, empieza a resultar un tanto confuso, por lo que procedo a abordar el tema desde otra perspectiva, confío en que más ordenadamente. Los estremecedores y desnudos poemas de *El olor de tu nombre* están escritos por un “yo” poemático –que habrá que suponer que coincide o que tiene íntima relación con el de la escritora Marga Clark, pero que a veces encarna, y no sólo en los epígrafes literales, la voz de la escultora muerta en 1932. Además, este “yo” se dirige a un “tú” ciertamente desdoblado, que en primer lugar parece constituido por la presencia y realidad poemáticas de Marga Gil Roësset, pero que en ocasiones parece estar constituido por el destinatario del amor imposible de la escultora y por último, y no lo menos significativo, constituye un desdoblamiento de la misma autora, Marga Clark, como destinataria de su propia voz. Pero ya sabemos que en esta operación poemática el “tú” desdoblado del autor remite, por extensión simbólica, a lector mismo.

El “yo” que habla en los poemas dice, por ejemplo, en uno de los más estremecidos y logrados poemas del libro:

“He salido de mí.
He repudiado mi nombre
mi cuerpo
mi dolor...
Ya no me recuerdo”.

Ya he apuntado que ese “tú” al que ese “yo” le habla tan estremecidamente es siempre, en primera instancia, el de Marga Gil Roësset, pero –añado ahora- el de una Marga Gil Roësset simbólica y claramente trascendida en una identificación o fusión *post mortem* de características abiertamente místicas. Así, y como botón de muestra:

“He recorrido la línea que separa
la muerte y el destino.
He moldeado mi rostro con tu rostro
mi cuerpo con tu cuerpo
mi aliento con tu aliento.
Ya nada se interpone
entre tu vientre
y mi anhelo.”

Se trata, creo, de un planteamiento poemático muy sugerente y bastante complejo, encerrado en una obra contenida, no demasiado extensa, y de lengua engañosamente clara. Porque la voz de Marga Clark no es seudónima ni mucho menos heterónima, ni tampoco –pese al sobrevenido apellido anglosajón que oculta su parentesco con Marga Gil Roësset- constituye máscara literaria alguna; y sin embargo ya he apuntado que se origina en el oscuro magma de una fascinación amorosa, en el más artístico sentido de la palabra fascinación y el más noble sentido de la palabra amor, por la figura y obra de su tía, Marga Gil Roësset, con la que Marga Clark se identifica. Pero se trata de una identificación de registro nada sencillo, porque en ella, creo yo, la pasión, la creatividad y la muerte de la joven escultora acaban por convertirse, por acto de sublimación literaria, en la dolorida pasión, trabajosa creatividad y terrorífica noche del alma de toda auténtica creación; una creación ahora a cargo de la poeta Marga Clark. Y he empleado a conciencia esta imagen, la referida a *la noche del alma*, proveniente del lenguaje y la imaginería de los autores místicos.

Quisiera decir algo más sobre el tema de la sublimación artística de esa transgresora noche del alma que comporta toda pasión auténtica, en defensa de mi interpretación de *El olor de tu nombre*. Llevo rato refiriéndome al genio precoz de la escultora Marga Gil, suicidada a los 24 años, dando por supuesto que son bien conocidos de los rasgos de su personalidad, al mismo tiempo arrolladora y frágil, y de los avatares de su vida, tan breve y, en concreto de su apasionado amor no correspondido por el poeta Juan Ramón Jiménez, que le doblaba en edad. De hecho, es comprensible que las declaraciones de algunos de sus allegados y las de quienes hoy se han acercado con deslumbramiento a lo que se

conserva de su obra, hayan responsabilizado en mayor o menor medida a Juan Ramón Jiménez del suicidio de la joven. No, por supuesto, por no haber querido, sabido o podido corresponder el poeta a la pasión de quien, por edad, podía ser su hija, sino más bien - se argumenta- por haberla alentado con su trato deferente y las manifestaciones de su admiración en el terreno artístico y, presumiblemente, también en el personal. Ana Serrano, por ejemplo, habla abiertamente de narcisismo y de culpable coqueteo intelectual por parte de Jiménez, quien no cortó de raíz su amistad, y la de Zenobia, con la apasionada artista a la primera señal de peligro. Esta valoración de los hechos parece razonable y, sin embargo, no sé hasta qué punto considera y respeta el alma apasionada y la voluntad de la propia escultora, como si a los 24 años –no a los 12 o 13, sino a los 24- una joven –y recordemos que Marga Gil Roësset lo fue excepcional- no fuera responsable de sus deseos, elecciones y opciones. A mí me ha parecido muy laudable y atinado que su sobrina y biógrafa se muestre en *Amarga luz* extremadamente prudente en su juicio sobre el papel, sospecho que muy pasivo, de Juan Ramón en esta historia trágica. La autora se interroga, en cambio, sobre el sentido de la destrucción de las piezas de su taller que precedió al disparo suicida. Se pregunta, en suma, sobre el exacto peso, en plena primera juventud, de *la carga de una creación artística exitosa* y de extraordinaria madurez, que se supedita a la consecución de una relación amorosa. Abre un interrogante, pues, sobre la noche del alma artística que con su muerte quiso trascender Marga Gil Roësset, y que hizo gravitar, porque así le sucedió, sobre la dolorosísima frustración de un apasionamiento no correspondido. Textualmente se pregunta, pues, si la joven pudo soportar la carga de su talento. Quiero decir que la mirada y la voz de Marga Clark ahondan en temas de mayor calado literario que las de otros comentaristas, tanto en su biografía anovelada a partir de los diarios de su tía, como ahora en los versos de *El olor de tu nombre* -que, desde luego, puede leerse con estremecimiento en la más total ignorancia de quién fue Marga Gil Roësset. Porque en ellos, ya lo he dicho, se sublima espiritualmente la identificación biográfica y el “yo” y el “tú” del poema –de hecho los varios “yo” y diversos “tú” del poema- acaban asumiendo connotaciones universal y amorosamente trágicas. Así, en el penúltimo poema del libro, donde el “tú” se transforma de pronto en la misma muerte personalizada, a modo de conclusión, leemos:

“Abrázame fuerte
¡Oh muerte!
Infúndeme fuerza,
valor
que no puedo morir
sin tu consuelo.

José Luis Giménez-Frontín
Presentación en el Ateneo de Barcelona
29/10/2007